

Fermín Santos, el último pintor de Madrid



Epígono de Goya, Solana, Sancha, Eduardo Vicente, Esplandiú, expone su primera antológica
El Madrid de Fermín Santos es una realidad y una emoción traducidas pictóricamente
Natural de Guadalajara, es un madrileño integral

En su estudio del Rastro, Fermín Santos da sus últimos toques, espátula en mano, a uno de sus lienzos.





(I) Interior de taberna. (II) Paisaje en sueño. (III) Trabajadores en Peña Grande.

VUELVE a ser actualidad la presencia de Fermín Santos al exponer su primera gran antológica con todos los honores en el Salón de la Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural (antigua Dirección General de Bellas Artes) en el madrileñísimo Paseo de Recoletos, edificio de la Biblioteca Nacional. Toda la obra posiblemente agrupada de Fermín Santos es ofrecida oficialmente como testimonio de la existencia viva del último pintor de Madrid. Cierto que todavía nos vive (y por muchos años para nuestra entrañable amistad y goce plástico) Juan Esplandú, pero ya se ha dicho con justicia que Juan Esplandú es el penúltimo pintor

de Madrid. Efectivamente. Fermín Santos resulta ser, pues, el último, como los más avisados saben de antemano porque resulta equitativo. Y hoy es congratulación y noticia que se haya decidido a ofrecer públicamente su primera gran muestra de tipo antología como ésta que mantiene sus puertas abiertas en el Paseo de Recoletos.

Ello merece no sólo la visita de sabrosa contemplación y ampliación de obras que consideramos desconocidas aun conociendo bastante bien la mayoría de su pintura, sino de conversar con él, conversar con Fermín Santos en medio de su más conjuntada producción, de jamás hasta ahora aglutinada tarea, de su propia vida plasmada a través de su trabajo artístico más considerado entre lo

mucho que ha trabajado en este mundo dentro del plano del arte y para subsistir y sacar la familia adelante.

GUADALAJARA Y MADRID

Conocíamos de Fermín Santos su arranque biográfico que nos sitúa en la Guadalajara de principios de siglo, muy concretamente en el pueblo de Gualda. Y su arribada a Madrid en plena infancia por traslado de sus padres. Esta conversación actual con el pintor dentro del marco de su propia exposición, la efectuamos delante también de otro de quienes han recopilado datos, y escrito sobre la vida y obra de Fermín Santos. Es el doctor Jesús Martínez Fa-



Corrida de toros en Brihuega.

lero que dentro de su serie publicada de «*El pintor en el mundo del Arte*» insertó a nuestro pintor de hoy tras reunirse en la ciudad de Sigüenza, sensibilizando así una vez más ambos espíritus e iniciar mejor un estudio psicológico sobre el pintor y su obra. El doctor Jesús Martínez Falero volvería a visitarle en su estudio madrileño, completando su propósito. Y ahora estamos los tres juntos conversando, lo que hace más matizable el cambio de impresiones, de opiniones, de revelaciones.

—Mi infancia transcurrió —dice Fermín Santos—, como ya he dicho, en el Madrid antiguo de San Francisco el Grande, en la calle Jerte, donde vivíamos y teníamos un laboratorio para hacer jarabes y estimulantes de la salud.

Comentamos, pues, que aquella época de su vida infantil estaba distribuida entre el colegio de San Francisco, el laboratorio donde trabajaba y la reunión con los chicos del

barrio, barrio que era y es el de Las Vistillas, el Viaducto y la Cuesta de los Ciegos como sitios para la diversión chiquilleril.

Sin embargo, de Guadalajara guarda —según confesión— recuerdos imborrables que han culminado en un homenaje de sus paisanos, tributado a sus virtudes humanas y artísticas, y en el que le fue impuesta la Insignia de Oro de la Ciudad de Sigüenza. Comentamos que ahora sólo le falta que Millán Clemente de Diego le imponga la «F» de Famoso en Madrid, broche de los testimonios de justicia a su obra y persona que viene recibiendo Fermín Santos últimamente. Millán Clemente de Diego tiene la palabra.

EPIGONO DE LOS GRANDES PINTORES MATRITENSES

Hablamos de que Goya es, sin duda, el pintor más carac-

terístico de Madrid respecto a la época dieciochesca, prolongado hasta el primer tercio del siglo XIX. Y que el otro gran pintor madrileño fue Solana,

tan antítesis de lo goyesco que si Madrid pudo parecerse a la versión del pintor fue muy a pesar suyo. El costumbrismo solanesco, en efecto, no anima

a su mimesis: invita, por el contrario, al olvido y hasta puede que al arrepentimiento, por lo cual podría ser la de Solana una pintura catártica: un áspero pur-

gante contra el siniestrismo madrileño, plasmado en cuadros de soberbio lenguaje y doliente sentido, según la crítica. En Paco Sancha, en cambio, el

Fiesta en Peña Grande.





Interior Iglesia de Montserrat (Madrid). Comprador de viejo.

humilde Madrid carece de agresión y tiene la amabilidad de lo castizo, del puro sainete, resultando lo más antigoyesco. Eduardo Vicente ya es capaz de reencontrarle a Madrid su menestral y su más sutil lirismo, como hicieran sus cronistas y

demás escritores costumbristas. Y un escritor como Ramón Gómez de la Serna consigue enlazar por la tremenda todo ese mundo que va de Goya hasta nuestros días en la personalidad de Fermín Santos, aunque no le llegase a conocer, pero desde

la pura premonición. Resulta, claro es, que estamos en la gran exposición del último epígono de los grandes pintores matritenses.

Conversando, andando y viendo esta exposición reafirmamos la idea, la visión, el sen-

timiento y presentimiento de que estamos ante una pintura de noble empaste y cierto turneriano expresarse (oros y neblinosas sombras y tanto de lo que Turner dominó). Extracción en su visión de Madrid en humano testimonio de ese cos-



(I) Tierras de Sigüenza. (II) Vendedores del Rastro. (III) Interior de Santa María de la Peña (Brihuega).

tumbrismo de Lucas, de Alenza, tremendismo romántico que Goya ya marcaba con su humanidad testimonial precursora.

HABLANDO SOBRE LA CRITICA

No es fácil y resulta delicado hablar con el pintor y delante del médico autor de semblanzas definitivas como las de «El pin-

tor en el mundo del Arte», sobre la crítica. Hablar de la crítica cuando el que lleva la voz impulsora de los temas resulta a su vez crítico.

Comento a Camón Aznar cuando decía de Fermín Santos que le debíamos gratitud, y no sólo porque Fermín Santos ha buscado inspiración en los que él llama «mi gran teatro», sino por esa interpretación suya del Papa Luna mayestático, wagne-

Botargas en Atienza. ¿De dónde vienen?



riano, creando luces y gestos. Y hablo de Raúl Chávarri al explicarse que aflora el pintor y el hombre. Y de Ramón Faldado cuando dice que esta pintura es «porque sí», pintura absoluta, no supeditada a servidumbres de imitación, folklore o ciudad, pintura que ha dejado de ser todo, menos pintura en su propia realeza, pues Fermín Santos pinta aquello que el color contiene de elemento cósmico, de magnetismo propio, de ser por el hecho de ser, ya que estamos ante el ejecutor, últimamente, no de retratos a color, sino de retratos de color, fisonomías, gestos, sosiegos y arrebatos del ocre de oro, del negro incinerado, del viejo bitume y el juvenil garza, cada uno de ellos retratado como personaje, protagonizando el cuadro, haciéndose forma, psicología, alma y cuerpo, como en los retratos goyescos se hacían duquesas las duquesas y reyes los reyes.

Y Antonio Manuel Campoy reclamando para sí el papel de profeta a pesar de su riesgo. Denunciando con la antelación precisa que si a Solana le profetizó Ramón Gómez de la Serna lo que luego (años después) le consagraría el mundo total, ahora, en nuestro tiempo, corresponde hacer lo mismo con Fermín Santos, para «no figurar en el cortejo postrero», ese cortejo que siempre resulta más fácil adherirse cuando todo es clamor.

De todo esto hemos hablado con el artista y delante del autor de «*El pintor en el mundo del Arte*», el doctor Martínez Falero, ante tanto cuadro de merecido homenaje.

Rafael FLOREZ